



Oficios y Homenajes, de Hugo Montes

Por Luis Vargas Saavedra

Este es un conjunto de poemas de dirigida arquitectura, o de buscada arquitectura. Buscada y hallada en un empujamiento del agua a la grada, y del trigo a la piedra, plenamente armonizado en La Casa (Escribámosla con la mayúscula del rango que ya Hugo Montes le confiere). Casa de la Vida, además, como puede ser el subtítulo de este libro feliz. Casa que, como se precisa en el prólogo, es "la que mejor abra al futuro" (p. 12), y a la Definitiva Casa: "Sin contradicciones, en la que habrá muchas, muchas moradas" (p. 13). En la primera sección del libro, ella se construye en una sucesión casi bruja: la ventana; el portón; el almacén; el vecindario; la mesa; la casa; la amada. De tal manera que la vivienda ha sido labrada para el amor.

Las otras partes del libro bien pueden considerarse patios o portones por los cuales vive y desmolda el poeta, deslizando prodigios. Así, la lectura de estos poemas es una visita a la casa en que vive un hombre que es todo, y a una casa que por él ya es la nuestra.

El purito arquitectónico que dice no está plasmado con rigores de maqueta. No se le busca ni se le exige un protocolo de secciones que culminen en una demostración de La Casa, porque no se trata de un tratado de teorías. En vez de estrictas simbologías o ejemplos, el libro crece con una espontaneidad que yo llamaría silvestre o con la arquitectura del cratgeo, que se erige según su apetencia de luz, y más luz.

Aunque el constructivismo del libro no sea de una norma dodecaédrica o de ángulos contabilizados, uno esperaría que la diagramación apoyase su pauta, plásticamente contribuyendo a su eficacia. Contra ello hay un divorcio antártico entre letras y páginas, entre texto y tipografía, como si el arquitecto de los andrógynos ignorase los poemas que iba amarrando y tejando.

Y por qué, todavía, la diagramación de este libro es como la forma de los sonetos? ¿Qué preciosismo de poder? ¿A qué truncarlos con dos cuartetos en una página, y las dos tercetos en la otra? Si se buscaba rodear el texto de aire suelto se encareció, en cambio, el voltaje verbal y visual que irradiaba los cuartetos hacia los tercetos. Precisamente es, allá la gracia del soneto: su verberación rítmica y visible; su fustido de bajo relieve sonoro; o su fachada tan armónica como la de cualquier palacio florentino. Aquí nos cedan el primer y el segundo pios en una página, y en la otra concedan los truchados tercero y cuarto...

Aquí hay que encumbar de nuevo, pues como no alcanzará a comer un poquito de cada uno de los 43 poemas de este libro, liviano y macizo a la vez, deberá atenderse a los que me parecieran más logrados y enjundiosos.

"Oficios" (p. 17) abre la primera sección del libro, llamada "Fiel a su oficio de mirar es la ventana". Expresa una queja y un anhelo: las cosas cumplen siendo, no así la palabra. A conseguir esa sencilla eficacia se destina la poesía (y la vida) de Hugo Montes.

"Partida" (p. 19) se abre a la infancia, como debe. Pues Hugo Montes es de aquellos cuya infancia, a Dios gracias, no ha sido erosionada por los días, los meses ni los años. Re-

gresa a sus cavernas de Al-Bahá, de donde sube con un trofeo de "bicicletas remotas e impasibles abuelas" (p. 45). Basta una carpintería para que el oficio clerose le deje "en la mesa como un poco de infancia" (p. 42). Tal vez dije mal: no hay "regreso", en el sentido de partir muy lejos del presente; mejor hay un estar simultáneamente en los dos ámbitos, sin pérdida alguna.

"Mesa" (p. 25): aquí se ejerce una penetración en el objeto redondo y querido, y por eso incorporado. "...es mesa el canto y mesa cuanto veo" (p. 25). Aún más, el poeta se imbuje de aquella misma tierra dura, aliándose a la mesa —tanto— que podríamos llamarle diciendo "que es mesa el canto y cuanto siento". El ya es y ya está en mesa.

"Amor" (p. 29): uno de los mejores. Síntesis de los oficios que ha ido contando en los poemas anteriores. Síntesis lograda o realizada por quien prelude su jornada: la mujer que reparte la vida de cada día y recoge el reposo de cada noche. Soneto impecable, hasta con las pausas y los silencios bien cincelados; brufido y preciso como un esmalte bizantino, a pesar del boteo de la tipografía...

La segunda sección del libro, titulada "Herido de descubrimientos", comienza con el poema "Regreso" (p. 33). Es el poeta quien regresa a través de la noche hacia la mañana, quizás soñando, quizás bien despierto. Los trofeos que acarrea no son, esta vez, de aquella infancia próxima y leal; ahora se trata de hallazgos tangibles a todos: "el aire, el árbol y la casa". Su mundo más suyo está labrado de portones, puertas, ventanas, mallas, calles, sin puentes, sin cerraduras, sin cortinas. Sin muchas cosas. Todo lo que le sobra es lo que le enriquece y le afianza su primordial cosmos, nelo y puro como silabario. Todo lo cual le da una intemporalidad de morada que pudiera ser la de un griego antiguo o la de un hoy por hoy chileno, en provincia o en sí mismo.

Esperamos ávidamente, en "Regreso", que el descubridor nos comparta sus heridas; es decir, querremos aprender de nuevo, y más intensamente, lo que son el aire, el árbol y la casa. Pero el bienherido se escabulle y sólo quiere integrarse, sin algarazas, dentro de la costumbre; precisamente porque desea acostumbrarse y acostumbrarnos a lo eterno, al diario milagro de las simples cosas. Su actitud de adevado debiera misionarnos. El supone que hasta su ejemplo para que adoptemos la misma naturalidad ante unos portones que, quizás no sepamos ni tales ni tanto; parece dar por hecho que su deseo-mandato nos infundirá su experimentado júbilo, su misma madura mesura ante lo prodigioso. Y si no es así, y si nos quedamos acatando pero sin sentir? Por pura fe o confianza en la declarada plenitud del "herido de descubrimientos", aceptaremos primero la trascendencia, y luego, el "y qué", ante las cosas cotidianamente mágicas.

Sería más eficaz mostrándonos en el chisperoteo de sus esencias, lindamente reveladas, para que así pudiéramos, en un ímpetu propio, acompañar al poeta en su "serotino". La quinta sección del libro, "De la tarde y la mañana", va dedicada extensamente a Jorge Guille. Aquí confieso

mi incapacidad para engolosinarme con estos bocados de marapán español... Hay entre Jorge Guille y Hugo Montes un común denominador, o más bien un común palpador de cosas concretamente invisibles: los júbilos ante la luz y las cosas. La primera sección de este libro es la repercusión personal de algunos poemas de Guille. Todo un "homenaje", pues. Excede el compararlos ahora y aquí, con detalle.

De todas las zonas del libro, la quinta es la única que para mí carece de las dignidades de Hugo Montes: podría ser ajena, podría pertenecer a cualquier poeta de la generación española del 25.

En la sexta parte del libro: "Señales", está el poema "Tiempo eterno" (p. 109) que me parece así tan comido como "Amor". Tiene dos versos que merecen almacenarse como uno de los aunos logros de Hugo Montes: "Lo que pasa es lo que queda: / Oye bien el agua eterna". Si un cataclismo arrasara con todo lo demás, estos dos versos serían su Partitudo.

El poema "Luz, más luz", podría ser el *Ars Poética* et Vitor de Hugo Montes. Cuenta el reproche o la solicitud ajena, que maculla contra su luminoso optimismo, pidiéndole en vez de odas, elegías. "No rindas homenajes" / me dijeron. / "mira las manos levantadas, / las ruinas mira / azules, para siempre" (p. 113). Su lírica ni equivale lo trenebando ni menos ignoraba lo salvaje, puesto que el poeta ve cómo hasta los cuatro puntos cardinales están "rotos y crucificados". Esto puede entenderse con doble alcance: los cuatro puntos cardinales en su sentido cast. heráldico y ornamental, abstracto y mítico; o los cuatro puntos cardinales en su realidad planetaria: urbi et orbi. Sin embargo, habiendo abierto "grande las ojos", y después de sentir aquella terrible ruina mundial: "Apreté los puños / mas seguí cantando: en loco claro, en homenaje puro". Subyugante estos dos versos porque entregan la esencial actitud de este esperanzado celebrador.

"Los nuevos pastos / piden nuevos cantos, / vez de profecía / palabras de agua / de pájaros, de edificios. / Los nuevos pastos nos esperan, / tiene forma de sol / cuando florecen. / Con las manos levantadas / salimos a su encuentro / azules, para siempre". Y así aquel horror que le reprochaban haber "desahuciado", se le vira en gloria: las manos levantadas de los que añoran, se tornan las manos levantadas de los que rezan, y la azulosa cadaverina es la azul pureza de lo eterno. En el poema ya está triunfando lo que viene.

Su razón de claridad y de alegría no es hormonal, sino religiosa. "Voz de profecía". Y con esto desembocamos en la fe que impulsa sus sentidos, nutre su inteligencia y cierra las palabras con que las retrata. (Por comparación, Jorge Guille es un pagano).

Si se rechaza el colosal factor religioso, cuesta explicarse la diáfana y el tipo de su euforia, o sea, todas las cualidades teológicas de su poesía. Hasta en su adjetivación se busca la humildad de no querer alardear. Hay una vocación de discreto ruiner que rechaza los pavos reales de las metáforas que a picotazos se comen el poema.

Oficios y homenajes, de Hugo Montes [artículo] Luis Vargas Saavedra.

Libros y documentos

AUTORÍA

Vargas Saavedra, Luis, 1939-

FECHA DE PUBLICACIÓN

1977

FORMATO

Artículo

DATOS DE PUBLICACIÓN

Oficios y homenajes, de Hugo Montes [artículo] Luis Vargas Saavedra.

FUENTE DE INFORMACIÓN

[Biblioteca Nacional Digital](#)

INSTITUCIÓN

[Biblioteca Nacional](#)

UBICACIÓN

Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile